

prender a otro aun cuando dijera una herejía manifiesta si se sometía al Concilio". Los Padres manifiestan su aprobación. En las Actas anota Massarelli: los españoles (¡libres ciertamente de toda sospecha!), de tal manera alabaron las palabras de Armacano que afirmaron que el Sumo Pontífice no había hecho nada más sabio, nada más santo. (CT. 977 s.).

Cuando las continuas intervenciones del poco ortodoxo obispo de Fiésole hasta tal grado molestaron al mismo pacientísimo Presidente del Concilio, Card. Del Monte, que no las soportó más, movió en Roma una causa contra él. Pero el Sumo Pontífice recusó admitir esa causa no fuera a dar la impresión de que él

(el Papa) quisiera quitar la libertad de opinión a algún prelado. (JEDLN, Geschichte, II, 411).

* * *

Los datos y argumentos presentados, prueban suficientemente cuál fue desde el comienzo la mente y voluntad del Concilio y de su promotor, el Papa Paulo III. No la separación y anatema, sino la concordia y unidad. Concordia y unidad inmutablemente establecida en la sucesión del Colegio Apostólico y de su cabeza, Pedro. Todos son hermanos, todos miembros con la misma plenitud de derecho ya se sitúen a la derecha o a la izquierda, mientras se sometan a esa unidad. ♦

evolución y vigencia de la OEA

● FERNANDO STORNI S. J.

LA Organización de Estados Americanos (OEA) se ha convertido en uno de los pilares de las relaciones entre las naciones americanas y su función tiende a crecer en importancia a medida que la conciencia americana debe resolver problemas más intrincados. John C. Dreier fue durante diez años representante y embajador de los Estados Unidos ante tal organismo y está particularmente dotado para estudiar el tema. (1)

El libro, publicado por el Council on Foreign Relations, no se contenta con describir la organización administrativa de la OEA, o sus principales actividades, sino que también plantea los problemas

que deberá afrontar para estar a la altura de su cometido.

Desde 1890 se trató de establecer algún organismo que mantuviera informados a los países americanos acerca de los problemas que los afectaran en conjunto. No es del caso reseñar aquí los distintos pasos por los que atravesó esta idea y particularmente el cambio en las ideas y en la política de los dos países que en 1890 se enfrentaron con posiciones diametralmente opuestas: Estados Unidos y la Argentina. El resultado del primer esfuerzo fue la Unión Panamericana, modesta oficina que no logró resultados substanciales. El sistema interamericano recién comenzó a tener sentido en 1958 como resultado del tratado de Río de Janeiro, el pacto de Bogotá y el Reglamento de la OEA.

El acta de fundación de la OEA es un complejo de reglas, acuerdos, principios y aspiraciones que llama la atención a

(1) JOHN C. DREIER, *The Organization of American States and the Hemisphere Crisis*, Council on Foreign Relations, Harper And Row, Publishers, New York and Evanston. 148 págs.

la mentalidad sajona acostumbrada a los términos prácticos y secos con que se escriben sus constituciones.

De aquí parte un nuevo impulso para las relaciones interamericanas que, en gran parte, se debe a la nueva posición de los Estados Unidos.

Según el autor el primero de los problemas fundamentales que debe considerar la OEA se refiere a la independencia de los estados americanos contra las amenazas proveniente de países extracontinentales. Y así une en una sola lista como posibles amenazas en los distintos momentos de la historia americana, la Santa Alianza, el nazismo alemán y el comunismo ruso. Sin desconocer la amenaza que constituyeron y constituyen algunas de estas realidades políticas, no hay duda de que la mentalidad argentina no vive bajo el sentido de una amenaza extracontinental y esto no por un optimismo infantil, sino precisamente porque nuestro país se siente muy unido a los países europeos, y menos quizás a sus hermanos latinoamericanos y en oposición, a menudo, con los Estados Unidos. Esto no significa que este sentimiento debe ser aprobado, sino al contrario, pero su existencia no puede ser negada.

El segundo problema básico se refiere a las relaciones entre los mismos estados americanos y puede considerarse en dos aspectos: el primero, la prevención de encuentros armados entre países intracontinentales; el segundo, y el más serio, las relaciones entre Estados Unidos y los otros países americanos. Debemos tener en cuenta que Estados Unidos posee la mitad de la población, el 90 por ciento de la riqueza y prácticamente todo el poder militar de la comunidad americana. Esta desproporción afecta notablemente la posibilidad de una relación de igualdad entre las veinte naciones.

El tercer problema se refiere a un aspecto que cada día se hace más palpable: las naciones americanas al aumentar su esfuerzo cooperativo para pro-

mover el crecimiento económico y el progreso social tienden a hacerlo dentro de un clima de libertad política y de democracia que influye notablemente en la estructura general de los países de tal manera que a un mayor acercamiento en un orden económico de desarrollo general se sigue una presión acerca de la misma forma de gobierno. Los Estados Unidos sin afirmarlo expresamente tienden sin embargo, a colaborar más con aquellos países que tratan de mantener un sistema de gobierno semejante al suyo propio. De aquí que puede decirse que en el sistema interamericano va formándose un modo especial de gobierno o que se ve con mejores ojos el gobierno que más se ajusta a los principios de una democracia representativa.

Estados Unidos y las otras naciones americanas han dado importancia desigual a estos tres problemas y muchas de las fricciones entre ambas partes del continente nacen de este hecho.

Hoy puede decirse que la Organización de los Estados Americanos ha entrado en un nuevo período que resulta de la nueva actitud de los Estados Unidos. Y no hay duda de que este nuevo período será de gran interés y de gran desenvolvimiento de las relaciones interamericanas. La formación de un sólido bloque en las Naciones Unidas ha contribuido a mejorar las relaciones entre los mismos países sudamericanos y hoy se conocen un poco mejor entre ellos. Con el achicarse del mundo las relaciones de los bloques regionales se hacen más frecuentes y fructíferas.

Esperemos que la Argentina, conocida siempre por un espíritu aislacionista, se convierta en un activo miembro de la OEA y dé así origen a un panamericanismo más vital y de mayores beneficios para todos los pueblos.

El libro de Dreier contribuirá sin duda, entre sus lectores de habla inglesa, a un mejor conocimiento de las posibilidades que encierra para el progreso de los pueblos americanos una OEA fuerte y consciente de sus deberes. ♦